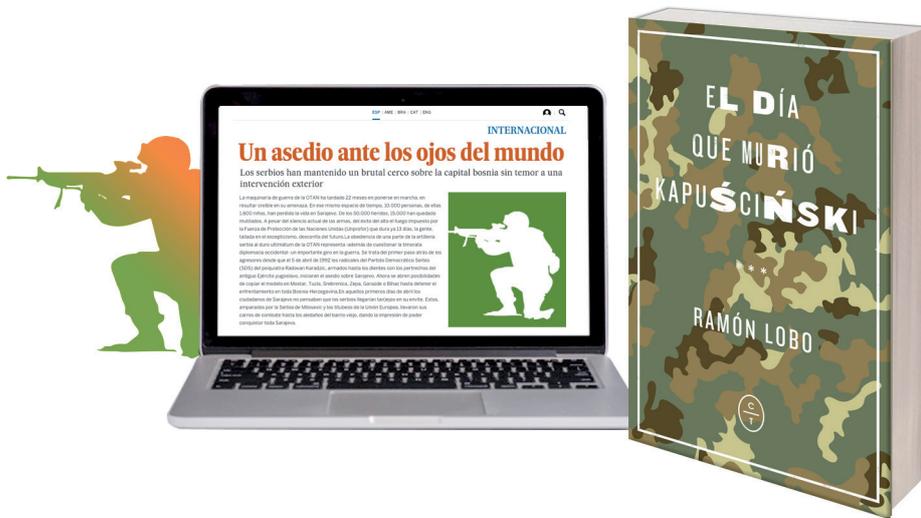




CÍRCULO DE TIZA



EL DÍA QUE MURIÓ KAPUŚCIŃSKI | RAMÓN LOBO

-  Editorial: Círculo de Tiza
-  340 páginas
-  PVP: 23 €
-  ISBN: 978-84-949131-4-3
-  www.circulodetiza.es
-  www.facebook.com/circulodetiza
-  @CirculoDeTizaES
-  @circulodetiza

“ Sólo los muertos han visto el final de la guerra.”

Platón

Ramón Lobo, uno de los corresponsales de guerra más reconocidos de nuestro país, rescata en *El día que murió Kapuściński* un oficio en vías de extinción: el de **reportero de guerra**. Las páginas de esta novela recorren los conflictos bélicos que cerraron el siglo XX e inauguran el XXI, con el rigor y la agilidad que sólo están al alcance de los mejores.

“Se disponía a aterrizar por primera vez en Mogadiscio el día en que Ryszard Kapuściński agonizaba en un hospital de Varsovia, sin saber que su muerte simbolizaría el hundimiento de una forma de entender y vivir el periodismo. Empezaron a medir a los reporteros por lo que costaban, no por lo que valían, a primar los recortes sobre las exclusivas y las primicias, a interesarse por el presupuesto en lugar de preguntar “dónde está la puñetera historia”, como siempre hizo Jon Barnard, el director del periódico.”



CÍRCULO DE TIZA



Ramón Lobo

Nació en Venezuela [Lagunillas, 1955] de madre británica, padre español, abuela francesa y abuelo luxemburgués. Parecía destinado por genética a la información internacional y al viaje. Ha sido corresponsal de guerra, o de conflictos como prefiere decir, durante 20 años en el diario *El País*. Estuvo en Bosnia y Kosovo, dentro de las guerras balcánicas, en Afganistán, Chechenia, Irak, Haití, Ruanda, Sierra Leona, Níger, Liberia, Zimbabue, Uganda, Somalia y un largo etcétera.

Ha escrito varios libros: *El héroe inexistente* (1999), *Isla África* (2001), *Cuadernos de Kabul* (2010 y 2018), *El autoestopista de Grozni y otras historias de fútbol* (2012) y *Todos naufragos* (2015). Participó en el libro colectivo *Los ojos de la guerra* (2001), una reflexión de 70 periodistas sobre la profesión y las guerras.

Colabora en *A vivir que son dos días*. Escribe análisis internacionales en *El Periódico de Cataluña*, *InfoLibre* y *El País*.

En la era de internet, el medio no solo ha cambiado el mensaje, sino su finalidad. Ya no se demanda el testimonio contrastado de los acontecimientos, ni siquiera la veracidad de la información ¿qué justifica por tanto la existencia de los reporteros de guerra? ¿porqué jugarse la vida?

“Ese es el problema de fondo, que la verdad ha dejado ser el motor ético en nuestra sociedad, ha dejado de ser útil. La gente no demanda información veraz, no necesita construirse un punto de vista singular sobre el mundo que la rodea. El lector de la globalización no lee, solo picotea para tener una opinión que lo mantenga dentro del grupo. Todo es tan rápido que no hay espacio de reflexión. Los medios han contribuido a esta desconexión porque tratan de sobrevivir troceando la realidad en pequeñas dosis. Son pocos los que siguen empeñados en ofrecer informaciones de calidad que no están en twitter.”

Roberto Mayo y Tobias Hope -alias *Putá Esperanza*-, dos reporteros ya curtidos en muchas batallas, han cubierto los enfrentamientos en las zonas más peligrosas del planeta para narrar en primera persona el horror que quedaría impune sin su relato y sus imágenes.

“El convoy se movía despacio por Dobrinja, protegido por lo que quedaba en pie de unos edificios derruidos por la artillería enemiga. Mayo escudriñaba cada detalle como si llevara instalada una cámara en el cerebro. En las paradas escribía palabras clave en una libreta abierta sobre la pierna derecha. Le ayudaban a fijar lo observado: *Niños que juegan. Casas sin ventanas. Perros solitarios. Ropa colgada. Gente delgada. Traje de novia sin novia*. Lo garabateado resultaba ilegible debido a la posición forzada debajo del volante y a su letra endiablada. Nunca se preocupaba en descifrarla, porque lo escrito quedaba duplicado en su cerebro. Su estilo demandaba descripciones precisas. Narraba la realidad ayudándose de las herramientas de la ficción. En eso era un verdadero cronista latinoamericano.”



Ambos, junto a otros hombres y mujeres que se enfrentan cada día al desastre de la guerra, forman una extraña tribu de nómadas unidos por la necesidad de contar lo que los demás no queremos conocer. Una labor que exige dejar atrás amigos, familia y hasta sus propias convicciones, en una vida tan insegura e implacable como adictiva.

“Quería ir a una guerra, saber qué se sentía. Buscaba respuestas, descubrir si iba a ser mejor persona que el cabrón de mi padre. Ese ha sido mi camino: huir de la posibilidad de ser como él. No he sabido regresar a tiempo para ser yo mismo y alcanzar la paz. Soy un yonqui de la desgracia ajena, un puto mirón. Y ahora estoy aquí, sentado en el suelo de una oficina de prensa, en el séptimo piso de un edificio en Beirut, hablando solo sobre una película de mi vida que se mueve a saltos y en la que no entiendo un puto carajo. Quizá esto sea el resumen de mi existencia, y todo haya sido así de incoherente y superficial.”

En *El día que murió Kapuściński Ramón Lobo*, desde su gran experiencia como reportero, va hilvanando con exquisita madurez narrativa no solo los entresijos del conflicto, sino la evolución de las relaciones entre esos periodistas, sus historias sentimentales con mujeres también periodistas que como ellos están dispuestas a vivir en el filo de la navaja para denunciar la violencia que subyace a toda experiencia bélica.

“Una noche Delphine le contó a Amanda su propia historia, las razones por las que había decidido trabajar en Femmes. También le habló de Tobias, de cómo se conocieron en Beirut, de los encuentros furtivos y de los problemas que tuvieron para trasladar la relación de lo extraordinario a lo ordinario...Acudió a una conferencia de una celebre jueza noruega sobre la justicia universal. Quedó impactada por sus argumentos: donde se producen violaciones

Reseñas:

“Ramón Lobo tiene la superior cualidad de colocar cada palabra, en su exacta medida expresiva, sin retórica ni deslizamientos sensacionalistas, al servicio de lo que ve, oye y siente”.

José Saramago

“Parece ser que los mejores corresponsales de guerra se forman en los conflictos familiares y viven su vocación como un modo de huir de una historia privada difícil. Los tiroteos balcánicos suavizan el fuego amigo del hogar”.

Luis García Montero

“Su nombre es una marca de prestigio en la profesión, por encima del medio al que ha estado ligado. Una persona a la que se le respeta por su trayectoria, que no vive de las rentas y sigue explorando nuevas vías”.

Mikel Ayestarán





CÍRCULO DE TIZA

masivas de los derechos humanos es imposible aplicar una justicia completa, reparadora del dolor individual de cada víctima. Siempre quedarían personas condenadas a cruzarse con sus victimarios. Solo se puede aspirar a la sensación colectiva de que se ha hecho justicia. Para lograrlo necesitaría escuchar los relatos de los que padecieron la represión y juzgar a los líderes responsables. Afirmó que las mujeres eran las principales víctimas, porque la lucha se libraba en sus cuerpos. LA violación era un doble castigo: destruía su estima y las condenaba a ser parias en su comunidad. Delphine imaginó tener que pasar el resto de su vida obligada a ver en la calle a los hijos de puta que la violaron. ¿Seguirían en el pueblo? ¿Se habrían casado? ¿Tendrían sentimiento de culpa?”

Una historia que nos adentra de forma magistral en la soledad inabarcable de un reportero de guerra. Un trabajo que consiste en caminar siempre en la dirección contraria a la gente sensata.

“Doblar la última esquina, tomar la última curva, la frontera entre lo prudente y lo irracional, y hallarse solo en medio de la destrucción, el silencio y el olor agrio y penetrante de la muerte produce un vértigo que está más allá del pánico. Si se supera ese terror extremo, que apenas dura unos segundos, surge una paz interior narcotizadora que es la entrega sin condiciones a los hados. ¿Cuál es el objetivo de jugarse la salud física y mental en costosos viajes y producir una información por la que nadie está dispuesto a pagar?”

El día que murió Kapuściński tiene todos los ingredientes para convertirse en una novela de referencia. Por el apasionante mundo que describe, por la veracidad de sus acontecimientos pero sobre todo, por la capacidad de Ramón Lobo de adentrarnos en el mundo intrigante e hipócrita de los señores de la guerra, de los estados que la financian, del tráfico de armas y del horror de la población civil, víctimas de oscuros intereses que sólo el periodismo libre puede desvelar.